

CONFIANZA Y LEGITIMIDAD INSTITUCIONAL
Una aproximación a nuestra crisis desde la sabiduría universitaria
(Clase Magistral 21 de abril de 2022)

Pedro Morandé Court

No podría comenzar una lección inaugural de un año académico sin referirme a la sabiduría universitaria, a su tradición y fecundidad. La sabiduría es parte de la autoconciencia de maestros y discípulos que forman una comunidad intergeneracional para buscar la verdad como finalidad de la vida. Pero su cultivo es también el servicio que la universidad presta a la sociedad para el correcto discernimiento de sus desafíos históricos y la búsqueda del bien común. En el jubileo del año 2.000 el Papa puso a las universidades bajo el patronato de la *sedes sapientiae*, el ícono de la Virgen que acoge en su regazo a Cristo, el *misterio* de la sabiduría. Pero quiso simbolizar también con ello que la vocación misma de la universidad es llegar a ser sede de la sabiduría. A la realización de esta vocación se la convoca también ahora en la profundidad de la crisis que vive nuestra sociedad contemporánea, tanto dentro como fuera de sus fronteras.

En este horizonte quisiera hacer algunas reflexiones acerca de la confianza y legitimidad de nuestras instituciones sociales más relevantes. La sabiduría nos obliga a levantar la mirada cotidiana hacia una historia de “larga duración”, como llamaba Braudel, puesto que la convivencia institucional ha tardado largo tiempo en desarrollarse y ha debido acomodarse también a grandes variaciones del entorno que la ha modificado, incluso cambiando sus fundamentos.

La confianza y la legitimidad institucional siguen en su evolución macro tendencias que han influido en buena parte de la población mundial durante largos períodos. Es común que, después de Darwin, la mayoría de las ciencias empíricas, naturales y sociales, hayan debido ajustar sus visiones al paradigma de la evolución, percibiendo con ello una mayor complejidad probabilística de la realidad, puesto que todo lo que existe podría haber existido de otra manera o incluso, no haber existido nunca en lo absoluto.

Pues bien, una macro variable importante de la complejidad social ha sido el paso de la sociedad de comunicación oral, a la sociedad con comunicación escrita y, desde hace pocas décadas, a la sociedad con comunicación audio visual. Lo propio de estas fases es que la nueva etapa no elimina la precedente por una más novedosa, sino que obliga, antes bien, a reinterpretarla como una realidad más compleja que asume la precedente e incluye elementos nuevos.

Aunque el uso de la palabra escrita fue introducida en la Antigüedad (sánscrito, chino, griego, latín) se puede hablar de cultura escrita recién cuando la escritura se extiende masivamente sobre la lengua vernácula, y ello ocurre en Europa con la invención de la imprenta, dando origen a lo que McLuhan llamó sugerentemente “Galaxia Gutemberg”. Hitos europeos importantes en este contexto fueron la traducción de la Biblia al alemán por Lutero, los escritos de Dante en Italia y las VII Partidas de Alfonso X, para mencionar sólo algunos ejemplos. Habría que recordar también el infatigable trabajo de los monjes copistas que anticiparon la fecunda invención de Gutemberg. Por mi parte quisiera destacar adicionalmente a estos hitos la publicación de la primera Gramática de la Lengua Castellana en Sevilla por el padre Nebrija en 1492, es decir, el mismo año del viaje de Colón a ultramar y del descubrimiento de América. La nueva ecúmene mundial resultante tuvo como pilar, en efecto, la lengua escrita. Se le llamó en Europa “sociedad moderna” porque incluía las nuevas posibilidades abiertas por la escritura, como son la ciencia y la tecnología, la organización jurídica internacional y la expansión del comercio a ultramar generando una economía a gran escala.

Vivimos en el presente la tercera etapa de esta evolución con el surgimiento de la cultura audiovisual, que acentúa el carácter universal de la sociedad de la escritura, pero, sobre todo, crea la comunicación en “tiempo real” que hace posible su instantánea respuesta. Se trata de una etapa aún en desarrollo y nadie sabe cuándo terminará por desplegar todas sus potencialidades.

Este cambio en tres etapas ha introducido transformaciones sustanciales en la organización de la sociedad y de sus instituciones, abarcando desde las más íntimas y familiares, a las laborales, educativas, económicas y políticas, tanto en el

plano nacional como internacional. Quisiera limitarme a abarcar sólo aquellos aspectos que podrían considerarse más relevantes para el propósito de este encuentro universitario. Comencemos por la confianza. ¿Cómo es posible confiar en la sociedad cuando ella se ha vuelto tan compleja que nadie es capaz de ejecutar por sí mismo el trabajo que cientos y miles de personas realizan a diario para satisfacer sus demandas? La sociedad había confiado siempre para ello en la división del trabajo, sea por antigüedad, por sexo, por conocimientos científicos o por habilidades manuales y comunicacionales que se distribuían desigualmente entre la población. Ahora debe hacerlo a una escala de complejidad mayor. Pero como antaño, esta confianza no es ciega, sino que se distribuye también desigualmente entre personas e instituciones según los hábitos y prácticas que han sido funcionalmente evaluadas en sus resultados.

Puede decirse que, a diferencia de la escritura, en el horizonte de la cultura oral, tanto arcaica como contemporánea, la confianza depende en buena medida del conocimiento y de la interacción personal cara-a-cara, unida a los vínculos de parentesco que permiten considerar como iguales a los integrantes de un linaje con idéntica filiación biológica o cultural. En este contexto, se puede afirmar categóricamente que vivir es pertenecer y ningún ser humano puede ser considerado como un solitario que, apoyado en algún tipo de cálculo racional, decide entrar en alianzas con otros, como solía pensar la literatura iluminista de los teóricos del “pacto social”. La realidad de la persona en la cultura oral queda definida, en cambio, por la presencia de otros con quienes se cohabita en una morada común que se vuelve compartida.

La moralidad, en este contexto, siempre se ha fundado en el “habitar” conjuntamente con otros. No se trata de una moralidad deducida teóricamente de principios éticos generales definidos en algún manual, sino que es directamente experimentada a través de los hábitos cotidianos de cooperación y comunicación entre quienes pertenecen a la misma estructura de la cohabitación. Las ciencias sociales prefieren por ello usar la palabra *ethos* antes que la palabra “ética”, para distinguir esta moralidad efectivamente experimentada y practicada. El *ethos* se

caracteriza por tener realidad histórica y fenomenológica y puede describirse como fundamento de la cohabitación humana, al mismo tiempo que como producto verificado por ella.

Con este fundamento, la confianza corresponde a la responsabilidad que la comunidad adquiere frente a cada individuo y que éste, por su parte, practica ante las expectativas de la comunidad. La responsabilidad surge de la respuesta afirmativa a estas expectativas. Ciertamente algunas personas quedan liberadas de esta responsabilidad, como los infantes, los enfermos crónicos, los discapacitados. Pero abarca, en principio a todos los miembros adultos de una comunidad, quienes gozan de mayores grados de libertad en cuanto cumplen su responsabilidad. La libertad se relaciona así con las distintas posibilidades de conducta que se realizan en el discernimiento de la mejor solución de los dilemas éticos de la sociedad.

Ahora bien, tratándose de una vida desplegada intergeneracionalmente, la responsabilidad social se aplica también a la herencia cultural de los antepasados, a su memoria, a su patrimonio, proyectándose también, hacia adelante, a las habilidades de las nuevas generaciones que vendrán en el futuro. Por ello, el respeto a los antepasados difuntos ha sido uno de los pilares de la representación simbólica de la comunidad, como se expresa en todas las culturas. La ciudad de los vivos cohabita con la ciudad de los muertos, retroalimentándose en su representación. A su vez, la ecología ha hecho a la población actual mucho más consciente de los efectos que tiene el modo de vida presente para las generaciones futuras. Es decir, el presente de la sociedad comienza a ser visto como una red intergeneracional de solidaridad que asume el pasado y proyecta el futuro.

La confianza depende así de la responsabilidad imputable a cada persona, a cada grupo y a cada generación. Se puede agregar también que el cumplimiento de esta responsabilidad hace más libres a las personas. En el presente se ve reflejada esta libertad como “estima”, “buen nombre”, “prestigio” y otras expresiones equivalentes que asocian la libertad al cumplimiento de la responsabilidad. Más hondamente, en el plano metafísico, la libertad es la adhesión positiva a la unidad del bien, la verdad y la belleza a que aspiran todos los seres racionales.

Sin embargo, la introducción de la escritura y del derecho vinculada a ella, producen una transformación bastante sustancial del vínculo entre libertad y responsabilidad desarrollado en las sociedades de cultura oral. Aunque el concepto de *polis* de Aristóteles, como expresión de la vida social en común, tiene referencia a la ley escrita y a la jurisdicción, define sin embargo la ciudad en términos esencialmente éticos atribuyéndole como finalidad la realización de la vida buena y virtuosa. Este *continuum* relativamente armonioso entre la vida en la oralidad y la vida bajo la ley se mantuvo recíprocamente en muchos casos, permitiendo también a la ley mejorar las costumbres de la oralidad, como en el caso extremo de la esclavitud, o del “ojo por ojo, diente por diente”. Sin embargo, tiende a escindirse cada vez más en la *civitas* romana con instituciones vinculadas en forma directa al poder arbitrario de órganos públicos.

En lugar de confianza empieza progresivamente a hablarse de legitimidad, palabra que usamos hasta en la actualidad. Como la ley presume que está permitido todo lo que no está prohibido, el foco de atención sobre la imputabilidad y la libertad cambian de signo positivo a signo negativo. Se vuelve imputable como delito todo lo que transgrede formalmente el marco legal de la organización social. La sanción suele ser también negativa, vinculada a la privación de la libertad. La imputabilidad de la responsabilidad social de las acciones deja de pertenecer a la sociedad, y se transfiere a los órganos jurisdiccionales, cuya legitimidad reside en su origen jurídico y sus decisiones en el ajuste al procedimiento fijado por la ley.

Pero como sabemos, lo que funciona muy bien en el papel no siempre lo hace en la realidad empírica. Los tribunales suelen verse sometidos a dilaciones dolosas, a insuficiencias de pruebas, a presiones de las partes en litigio o de otros poderes del Estado y a la opinión pública. Así, la imputabilidad se realiza “en la medida de lo posible”, para usar la famosa expresión de un Ex Presidente, con la consiguiente desazón de quienes esperan justicia y el desencanto de la población que retira paulatinamente su credibilidad y confianza de las instituciones. Es notable observar que en el caso chileno y de muchos otros países en la actualidad, quienes ocupan los lugares más bajos de credibilidad y confianza según las encuestas de

opinión son precisamente los poderes del Estado. ¿Puede haber gobernabilidad en estas condiciones?

Este cambio de perspectiva en la confiabilidad de la sociedad y en la imputabilidad de las acciones moralmente correctas se percibe muy nítidamente en la discusión filosófica. En efecto, mientras para las culturas de la oralidad la libertad existe porque las conductas son imputables en su responsabilidad social, para la filosofía moderna el hombre es esencialmente libre con independencia de sus acciones. Así, la literalidad invierte la relación entre ambos conceptos. Mientras para la oralidad el ser humano es libre porque es imputable, para la escritura, el hombre es imputable porque es libre.

No queda claro de dónde surge la libertad en este planteamiento moderno, dándola por supuesta como libre albedrío originario o imaginando individuos ilusorios en estado de naturaleza que convergen en un pacto social de mutua conveniencia, como lo imaginaban algunos ilustrados. Otros como Hobbes, en cambio, más realistas, pusieron como referencia la amenaza común de una eventual “lucha a muerte de todos contra todos”, clausurándose la opción de una convivencia armónica espontánea y exigiéndose la intervención explícita del poder arbitrario. Pero sea en una visión más idealista o más realista, ambas filosofías compartían la idea de que la libertad era consubstancial a la conciencia humana, y la sociedad sólo podía hacer valer la responsabilidad sobre las conductas cuando tal libertad entraba en colisión con la libertad de otros.

Como es evidente para los propios letrados, la realidad empírica muestra cotidianamente la ilusión de esta imputabilidad social, con la excepción del ámbito penal. E incluso en este ámbito, la insuficiencia policial y el hacinamiento de la población carcelaria hace que la imputabilidad también sea precaria. Por lo mismo, no es la libertad la que se vuelve fundamento de la responsabilidad social exigible, como decía la teoría, sino más bien, el uso de la fuerza y de la dominación. La libertad asumida de este modo lejos de afianzar la confianza institucional, la hace más esquivada e interesada. Ni la ley ni nadie queda por encima de la autoridad ejercida por la fuerza e incluso, como es frecuente, por encima de la corrupción

personal e institucional, aunque se intente interesadamente decir lo contrario. La majestad de la ley tiende a volverse retórica y la conducta social crea sus propias reglas de auto regulación.

Aunque la libertad se pretenda justificar ideológicamente con el recurso al liberalismo ilustrado, su origen y fundamento deja de ser una opción ideológica libremente asumida, sino más bien la equivocada percepción de que la cultura escrita puede desgajarse de la tradición oral y formar su propia sociedad de papel. Algunos políticos, por ejemplo, han querido hasta “refundar” la sociedad, volver a dibujarla en una hoja de papel en blanco. Pero vendrá nuevamente Sancho Panza a recordarle a don Quijote que dónde él ve gigantes mal intencionados sólo hay molinos de viento.

Por mucho que la ética del deber y la ética puritana hayan tratado de acortar la distancia entre la palabra escrita y la vida práctica de la población, se ha terminado por imponer, como sabemos, la ética de la conveniencia y del éxito económico avalada por los poderes del Estado, burlándose la picaresca criolla sin cesar de las necesidades de la población. Esta ética del éxito económico y político ha obtenido apoyo también de la ética de la ciencia y de la tecnología, que tienen por bueno todo aquello que resulta en los laboratorios experimentales, y que puede fabricarse a gran escala, distribuyéndose en la población. Tal visión ha llegado a justificar la misma manipulación biológica del ser humano, creando el *homúnculo* de probeta que Goethe había previsto al comenzar el siglo XIX y ha generalizado la anticoncepción, la fecundación asistida, el aborto, la eugenesia y la adopción de niños por parejas del mismo sexo. De manera rayana, a veces, en lo ridículo, se ha extendido un lenguaje de eufemismos sobre la libertad que exaltan el *carpe diem* y omiten toda referencia a la responsabilidad individual y social sobre la convivencia en la verdad del hombre. Sin embargo, más allá del folklore, lo que queda como asunto de fondo es que cuando la literalidad busca apartarse de la oralidad, intencionada o no intencionadamente, sólo produce una mayor fragmentación social que desmorona la confianza en las instituciones.

La complejidad social se vuelve aún mayor con el surgimiento de los medios de comunicación audiovisual y su uso masivo entre la población. Son muchos los factores sociales alterados por este fenómeno. Pero los más relevantes para la fenomenología de la vida social son el espacio y el tiempo.

En efecto, el espacio virtual electrónicamente generado permite entrar en contacto, para bien o para mal, a todos los pueblos y culturas en un ámbito de convivencia compartida. No se trata sólo de la creación de un espejo mediante el cual unos ven reflejados sus comportamientos en los otros. El espejo virtual se vuelve real cuando los actos de unos afectan también a los otros. Baste pensar, por ejemplo, en la guerra actual en que están todos próximos en virtud de la tecnología, de las armas aéreas teledirigidas, drones, cohetes, artillería, submarinos y navíos de superficie, dotadas además con armas químicas y con piratería electrónica. El mundo que se comparte se ha vuelto uno sólo y todos quienes están en él son protagonistas.

Si pasamos del ámbito bélico al intercambio de personas, destaca ese complejo fenómeno actual que es la migración masiva de poblaciones enteras que escapan de sus lugares de origen en busca de una vida con mejores posibilidades de desarrollo. Hasta el turismo se ha convertido en una forma de migración temporal masiva que ha dado origen a una promisorio industria. Pero no ha sido inocua. Ha generado restricciones sanitarias impuestas por las pandemias, entre ellas, el coronavirus. La movilidad de personas puede tener también consecuencias catastróficas para la globalización y la infraestructura sanitaria. Algo equivalente está sucediendo con el tráfico de estudiantes, de personal calificado afectando la economía, la industria aérea, los tratados internacionales de comercio e incluso, la delincuencia y el tráfico de sustancias ilícitas.

Los espacios virtualmente ampliados han creado dudas sobre la gobernabilidad de la sociedad puesto que las normas vigentes en los Estados nacionales se muestran insuficientes para contener y controlar fenómenos políticos, económicos y sociales que los trascienden siendo a su vez inviable la formación de Estados mundiales unitarios. La política internacional ha debido contentarse con la

fragmentación de la gobernabilidad tratando de llegar a acuerdos sobre normas secundarias que rigen los asuntos de manera sólo funcional.

Pero tan importante como el espacio es lo que ha sucedido con el tiempo. Para caracterizar esta época Bauman acuñó el concepto de “modernidad líquida” el que ha sido generalmente interpretado como dilución de los valores morales tradicionales de la sociedad que ha cambiado lo sólido por lo líquido. Pareciera mejor interpretar este cambio con la semántica económica, como “liquidez” de activos, puesto que hace referencia a una sociedad movilizadora y controlada por expectativas de conducta que alcanzan valor monetario de intercambio. Resulta esclarecedor tal vez para comprender esta transformación volver a Goethe y recordar, el episodio de “Fausto” cuando Mefistófeles acude al emperador y le propone crear el papel moneda. Le señala que no se justifica el trabajo de extraer metales preciosos del subsuelo de su imperio, si puede imprimir un billete con su esfinge que, para quien lo posea, le baste conformarse con la probabilidad de que hay metales preciosos en sus dominios. En un sentido bastante literal se comprende con la expresión “time is money” que ha presidido la administración de los negocios en el presente.

Más profundamente se puede decir que ha cambiado la autocomprensión de la sociedad misma, especialmente, la relación entre acción y comunicación. Para la mayoría de los filósofos y científicos sociales del pasado y aún de muchos contemporáneos, la sociedad se entiende a partir de las acciones sociales que fomenta y controla, como también de la división del trabajo que lleva consigo. En esta visión la comunicación aparece como superestructura de la acción, como “falsa conciencia”, según los neo-hegelianos. Muchos quieren vincular la acción y la comunicación más íntimamente, pero sin renunciar a la preeminencia (podría decirse “ontológica”) de la acción. Recién Niklas Luhmann se atrevió a postular que no es la acción sino la comunicación lo que constituye el núcleo de la sociedad y que la acción no es más que un caso particular de comunicación.

No se trata de que haya cambiado una cierta filosofía detrás de las ciencias sociales, sino que se ha transformado el modo de estructurar la temporalidad por

parte de la misma sociedad que se ha vuelto más líquida. Considera las expectativas sociales de las conductas antes que las acciones de los sujetos y organizaciones. Por obra de la comunicación, una acción social puede tener consecuencias aún antes que la acción se realice. De manera restringida se la llamaba antes “profecía autocumplida”. Ahora, se llama simplemente “comunicación”.

Esta nueva mirada nos permite comprender más profundamente qué es la cultura audiovisual más allá de los artefactos electrónicos. Ella incorpora a través del simbolismo toda la herencia de la oralidad. También, por su renovada capacidad de registro lexicológico y numérico, toda la capacidad y fantasía de la cultura escrita. Ambas capacidades se combinan y potencian en la cultura audiovisual, que se ha transformado en una gran máquina productora de expectativas sociales.

Con todo lo dicho podemos aventurar algunas reflexiones en torno a la nueva situación social emergente. En primer lugar, habría que señalar que tratándose la realidad social de prácticas de comunicación, estas se retro alimentan. Es decir, la comunicación produce comunicación con el fin de comunicar. Los signos usados pueden ser de distinto tipo, como las artes visuales, la música, la arquitectura, la construcción escénica, el movimiento, los precios, la palabra hablada y escrita. En cualquier caso, toda interpretación deja de ser unívoca, incluso en el caso de sentencias judiciales que son también interpretadas con medios no jurídicos, como el tradicional principio hermenéutico de “atenerse al tenor literal de la ley”. Así, el antiguo concepto de “legitimidad” pierde su monopolio jurídico y queda subsumido en los conceptos más amplios de credibilidad y confianza.

En segundo lugar, las expectativas sociales adquieren la centralidad que antaño tenían las acciones. Si la comunicación produce o no acciones consecuentes es, precisamente, el resultado de las expectativas que genera en el presente o puede generar en el futuro. Por ello juega la economía monetaria un papel tan decisivo para la comunicación, puesto que adelanta al presente el valor futuro de las acciones, valora el “flujo” sobre el “stock” y la liquidez sobre el patrimonio material. La confianza institucional reside ahora en lograr que las expectativas se

reafirmen como expectativas. No necesariamente que se cumplan, lo que puede depender de factores socialmente incontrolables. Lo que importa es que se retroalimenten las comunicaciones.

En tercer lugar, habría que considerar también el efecto negativo que la comunicación puede tener en las personas y en los cuerpos intermedios de la sociedad. El problema de la conciencia humana que ha atravesado toda nuestra época es el “nihilismo”. Nietzsche lo definió hace dos siglos atrás como aquella situación en que “falta la finalidad, falta la respuesta a la pregunta por el por qué”. Naturalmente, no se refiere a la finalidad de la comunicación sino de la conciencia metafísica que desea saber el “por qué” de todo lo real. Si ya no se logra reunir en “lo uno” el “bien”, la “verdad” y la “belleza” se pierde la finalidad de la inteligencia.

No es por acaso que las manifestaciones más elocuentes de nihilismo han ido acompañadas de la exaltación del sinsentido, de la extravagancia, de la sexualidad permisiva, del autoerotismo y finalmente del “viva la muerte” que orientó varias revoluciones. Se le acompaña ahora del aborto y de la eutanasia. La sociedad de consumo ha tratado de dar a la negatividad del nihilismo una semántica más persuasiva, cambiándolo por el “nihilismo libertino” del *carpe diem*. Para ello lo ha transformado en un buen negocio con sexo, alcohol y drogas. Las víctimas sacrificiales en este caso han sido los jóvenes y sus familias, que acosados por la fragmentación de su personalidad y cultura pasan pronto a engrosar la “sociedad del desecho”, como afirma frecuentemente el Papa.

En cuarto lugar, el papel de la autoridad política, educacional y moral se ha debilitado considerablemente por la mayor corrupción y delincuencia, generando una más alta indiferencia de la población, una cierta deflación de las expectativas frente a quienes tendrían la capacidad de actuar más creativamente y con responsabilidad ante sus instituciones y no lo hacen. En ello ha influido también un debilitado tejido social, con hogares quebrados y cónyuges profundamente heridos, con hijos tempranamente abandonados, con expectativas educacionales frustradas y con agrupaciones gremiales y vecinales inoperantes. Sin un tejido social sólido en

la base tampoco hay fortaleza para exigir de las autoridades que cumplan con su trabajo.

Por la naturaleza de la comunicación vivimos en una sociedad “policéntrica”. Ninguna función por sí sola es capaz de ordenar todas las demás en un complejo unitario amalgamado por la “finalidad” política del orden racional. Antes se pensaba que esa función la mantenía el Estado nacional dentro de sus fronteras. Pero sabemos que ya no tiene la capacidad de hacerlo.

La oralidad también ha sido devaluada, no sólo en su contenido cada vez más trivial a través de la conversación intrascendente, sino también en la deconstrucción de su forma por medio de malas palabras, de groserías y garabatos; de una descuidada e incomprensible fonética. Con ello, se pierde el sentido unitario de lo real y la posibilidad de superar la negatividad del nihilismo.

Hay que reconocer, sin embargo, que han nacido nuevas y poderosas herramientas de comunicación como la impresión de libros electrónicos y buenas enciclopedias donde es posible buscar lo que inquieta a la población. Algunos años atrás se dio, por ejemplo, el Premio Cervantes al buscador de Google, por su enorme contribución a la exploración del idioma en esta época digital. Es un ejemplo de que, al lado de la devaluación de la escritura y de la oralidad han surgido poderosas herramientas de comunicación que vuelven posible que ambas se integren con provecho a la cultura audiovisual.

Sin embargo, de nada sirven las herramientas de comunicación si su aplicación desperdicia su sabiduría. La forma de coordinar percepciones y voluntades fecundas para la sociedad es consiguiendo que la finalidad de la inteligencia humana se encarne en las personas, dándoles un mayor realismo frente a la fantasía y a los juegos simbólicos. En ello radica su capacidad de superar el nihilismo y la fragmentación. El pensar y comunicar el pensamiento con sabiduría es un atributo esencial del existir racional y, por tanto, la vocación más profunda de la universidad. Es también una de sus tareas más urgentes en esta etapa de la historia humana.